





# Great Blasket Island

*Colección Átropos*



# Great Blasket Island

Marc Sabaté

Primera edición, noviembre 2017

© Marc Sabaté, 2017

© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-947141-6-0

Depósito Legal: SE 1955-2017



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Ilustración: Eva Vázquez

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.







## PRÓLOGO

*Febrero 1953*

Recuerdos. Memoria desdibujada que aparece cada noche interrumpiendo mi descanso. Las imágenes lucen nítidas, diapositivas de un tiempo pasado que no comprendo. Conservo cada uno de mis recuerdos con afán y el temor de perderlos para siempre. De ella es todo lo que me queda.

Reminiscencias.

No soltaba mi mano, temerosa de ser arrastrada por los hombres fieros, como así los llamaba. Un caudal de gente se dirigía con rostros agachados hacia la playa. Los vientos atlánticos soplaban más fuerte de lo habitual en aquella mañana que cambiaría nuestras vidas para siempre. El viento se erigía como monarca desde que la isla se convirtió en isla, pero esa mañana quien gobernaba no sabía de leyes. La hierba ondeaba formando un mar verde en medio de un océano azul. Piélagos y praderas. Aquella imagen siempre nos había acompañado a los habitantes de las islas Blasket. Formaba parte de nuestra memoria.

Dejamos los hogares a nuestras espaldas, en absoluto silencio. Tras nosotros se levantaba la poderosa cima, muda y triste por nuestra marcha. Eileen sujetaba su muñeca de trapo con el otro brazo, con mucho cuidado de no perderla para siempre, pues era su objeto máspreciado. Me miraba con devoción, ajena a todo lo

que sucedía a nuestro alrededor. Mejor así. No tenía fuerzas para explicarle que ese viaje no permitía billete de vuelta.

Yo cuidaba de ella, como siempre había hecho desde que padre y madre se fueron. Me había impuesto esa obligación sin que nadie tuviera que decírmelo, como si lo llevara escrito en la sangre. Al fin y al cabo, era mi hermana, y por nada en el mundo me separarían de ella. En el funeral de mi madre prometí a los vientos, al océano y a la isla que mi lazo con Eileen nunca se rompería. También debo de reconocer, y es de justicia hacerlo, que la pequeña cuidaba a cambio de mi integridad mental. A su manera, siempre a su manera. Con sonrisas sinceras, bromas infantiles y una ilusión por vivir extremadamente contagiosa. Ambos nos necesitábamos.

Hijos de la isla.

Los soldados ordenaban la anarquía con gritos que evidenciaban cierta inquietud. Algún que otro golpe de culata. La fila de refugiados avanzaba cabizbaja, como si fuera un rebaño de ovejas que huían ante la proximidad del lobo. Íbamos acompañados de una procesión de asnos y vacas lecheras cargados con sacos y macutos, nuestras únicas riquezas. Algunos empujaban carretillas para empezar en otro lugar una vida mejor. Las ruedas quedaban apesadas en el fango y sólo conseguían ralentizar la marcha. Una romería de apátridas dirigiéndose hacia un nuevo mundo, expulsados de nuestros hogares con mentiras. Quizás nos acompañase algún que otro carruaje, no lo recuerdo bien, pero sin duda de escaso valor y con más ancianos incapacitados para andar que víveres y monedas con los que sobrevivir. Era evidente que la marcha transcurría a un ritmo demasiado lento para el gusto de los hombres armados, pero poco más se podía hacer. No se pide peras al olmo. El tiempo se nos estaba echando encima, y aún tenían que arriar gran parte del ganado que pastaba libre por el campo, sin olvidarse del equipo médico y de algún vecino rezagado. La

barcaza, una mole flotante que no inspiraba confianza y sí muchos mareos, esperaba meciéndose al compás de las olas. Amarrados a escasos metros del único puerto de la isla, contemplábamos las nubes. Una borrasca negra como la noche ocultaba los rayos del sol en una disputa divina cuyos imprevisibles acontecimientos nadie alcanzaba a comprender. Ni siquiera yo, aun con la ventaja que dan las distancias en el tiempo, logro entenderlo.

Una silueta vuelve a mi memoria una y otra vez. Recuerdo la figura de un hombre vigoroso, un líder, un coloso. El sargento Abban (nunca olvidaré ese nombre) aguardaba en lo alto de una colina armado con su pistola reglamentaria y unos binoculares colgados del cuello. Hombre ceñudo, un gigante veterano cuyas palabras se debían tomar como norma. Movía las mandíbulas y todos le escuchaban. Algunos con miedo, otros con devoción. Contemplaba a toda esa gente, apartada de lo que hasta entonces había sido su hogar, sin motivos ni respuestas que les sirvieran de consuelo. Tampoco él las tenía, escudado en la inquebrantable cadena de mando. Como buen líder, no se le debía cuestionar. «Cumpla con su obligación y luego olvídelo». Esas debieron ser sus únicas explicaciones. O algo similar. No lo sé. Nunca he empuñado un arma.

Lo que más me inquietó de aquel hombre fue su actitud con Eileen. Observaba desde la distancia a mi hermana, sucia y asustada a partes iguales, arrancada del mundo contra su voluntad y con una muñeca de trapo como único nudo que la ataba a sus raíces. Yo era consciente de aquella mirada, y habría dado un buen puñado de billetes por saber qué le pasaba por la cabeza en aquellos momentos. ¿Asco? ¿Lástima? La sangre hervía en mis venas. Si en esos momentos hubiera tenido fuerzas, le habría quitado la vida a puñetazos.

Los soldados llevaban más de tres meses hospedados en la isla. Organizaban la evacuación con disciplina espartana, siendo nosotros vulgares plebeyos a sus órdenes. Durante largas semanas perturbaron la paz de la isla con borracheras, disparos al aire y fiestas nocturnas. Persiguieron a nuestras mujeres y se burlaron de nuestros ancianos. Nos despreciaron. Saboreamos la acidez de sus insultos. Orinaban en nuestras lápidas, insultaban nuestras costumbres como si fueran tuyas. Es por todo eso por lo que nunca derramé una sola lágrima por ellos.

Pero la isla no los quería.

Las nubes se acercaban amenazantes, nacidas de las mismas profundidades del océano. Llegaban cargadas de odio. Nuestros perros aullaron al viento, dando el saludo a los malos espíritus. Mi pequeña Eileen miró inquieta aquel manto gris, nubes sucias como el carbón que parecían ocultar un misterio que no debía ser molestado. Por entonces ya habían alcanzado las islas más occidentales. Me tiró del brazo, aunque sólo consiguió que le exigiera más prisa.

Recuerdos de un pasado cristalino, pero que se pierden en una confusión sin significado. ¿Qué es verdad y qué es mentira? He vivido muchos años haciéndome una y otra vez la misma pregunta. Imagino que nunca hallaré respuesta.

Desde la distancia, el sargento Abban mandó a sus hombres premura. Sus órdenes parecían más una amenaza que un imperativo. Ese era el último transporte programado y, una vez zarpásemos, la isla permanecería clausurada hasta nueva orden. Sus hombres no cesaban de darnos empujones, mientras hablaban entre ellos en voz baja, temerosos de despertar aquello que debía permanecer dormido. Los golpes de culata se multiplicaron, y las patadas acompañaban a los más lentos. En los ojos de esos jóvenes se reflejaba el mal que embriagaba sus espíritus. Eran niños que jugaban a ser soldados, y el miedo parecía escapar a través de sus

miradas. Todo el mundo murmuraba acerca de la extraña niebla que se acercaba, una niebla que parecía dibujada a carboncillo. La gente no tardó en percibir la borrasca, y una ansiedad creciente invadió los ánimos. Incluidos los míos. Como si fuera el medallón de un ilusionista, aquellas nubes desquiciaban cualquier remanso de paz que pudieran conservar.

Recuerdos. Aún siento un escalofrío cuando veo la niebla acercarse hasta mi ventana.

Mi pequeña Eileen tiró del brazo por segunda vez, incapaz de hacerse escuchar. Sus ojos reflejaban dudas, como si el instinto que nacía de su propia inocencia la advirtiera de algo malo.

—¿Adónde vamos? —preguntó por enésima vez.

Sólo yo podía transmitirle la seguridad que tanto anhelaba, aunque no estaba seguro de poder cumplirlo.

—A un lugar en el que no tendremos frío, nos servirán té y pastas de chocolate.

—¿Existe un lugar así? ¿Existe de verdad? —Me miraba con la ilusión de los más inocentes—. Nunca he probado el chocolate. —Y era verdad.

La hice callar, tragándome las mentiras para no herirla, aunque eso significara un nuevo desgarró en mi corazón.

Madre murió de meningitis cuando yo apenas tenía quince años, y nada pude hacer. Ni médico, ni sacerdote, ni político, ni cacique. Su destino estaba debidamente sentenciado. Luego fue padre, por los mismos motivos. Caprichos de aquel dios que se considera abierto a todas las interpretaciones. Se les sumaron varias personas más, todos conocidos de la aldea. Buena gente. La mitad del pueblo cayó enferma y muchos murieron por las fiebres. Aquello fue la excusa que tanto tiempo había buscado el gobierno para evacuar el pueblo, argumentando que nuestras vidas estaban en peligro sin medios a nuestro alcance. Y era cierto, pero yo sabía que la muerte de mis padres no obedecía a causas naturales, sabía

que los hilos que tiraban de aquella desgracia no eran movidos por un dios bondadoso ni naturaleza alguna. Una magia vieja, antigua como la noche, aún vivía en Great Blasket, y por eso teníamos que irnos.

Porque algo se había enfadado.

Después de una larga espera detenidos en la playa empezamos a subir a la embarcación. Uno a uno. Una barcaza con capacidad para cuarenta personas que hacía, a su vez, de transporte de mulas, asnos y vacas. Tres más como esa ya habían zarpado. Por aquel entonces las nubes habían llegado al otro lado de la isla, y se observaba como las colinas más alejadas desaparecían tras su manto. No más de dos kilómetros de distancia nos separaban de aquel extraño fenómeno. Un silencio sofocante inundó el entorno, como si el tiempo se hubiera detenido. Algunos soldados quedaron petrificados, con la mirada perdida en los remolinos grises que confundían la ficción con la verdad. Dejaban caer sus brazos, ajenos a cualquier llamada. Parecían abstraídos, arrancados de la realidad para vivir en un mundo nuevo e incomprensible. Otros empezaron a disparar hacia el banco de niebla. Disparaban balas, pero también gritos. La buena gente de la aldea corrió a bordo, empujándose asustadas como corderos, impulsadas por un miedo que nacía de un conocimiento enraizado en lo más hondo de sus almas. Como si, sin saberlo, comprendieran. Los rezagados terminaron igual que los soldados de las primeras filas. Como estatuas de piedra, inmóviles y en silencio. Otros morían acuchillados por sus propias manos, con tal ímpetu que se escuchaban sus gemidos de dolor arrastrados por el viento. Las bestias corrían desorientadas en círculos, precipitándose al vacío de los acantilados. Aquello contribuía a romper todavía más el orden y sembrar el caos. ¿Cómo podía yo entender lo que estaba sucediendo?

El sargento Abban gritaba desde la colina a sus hombres, pero ninguno de ellos le oía. O no querían oírlo. Enfurecido, recuerdo cómo bajó raudo dispuesto a repartir su ley entre los más despistados. No toleraba la indisciplina en sus pelotones, y sabía cómo remediarlo. Cuando en mitad de la bajada ya se había subido las mangas hasta los codos, detuvo sus pasos atraído por un susurro gélido procedente de la niebla. Recuerdo ese rumor, pues yo también lo escuché. Todos los allí presentes lo escuchamos. Entonces dejó que aquel manto le rodeara, y rodeara a sus hombres, a las casas de piedra que a partir de entonces permanecerían para siempre abandonadas, y al resto del rebaño que balaba sin dueño que les guiara.

Había llegado el lobo.

La barcaza zarpó sin más demora. El resto del ejército esperaba su turno. Un silencio extraño nos rodeó, y las aguas normalmente bravas y ruidosas se transformaron en una inquietante balsa de aceite. Los hombres que aún no habían perdido el sentido trataban de mantener en calma a las bestias, prisioneras de sus ataduras. Eileen se agarró a mí con un miedo atroz, mientras el resto de personas rezaba a san Patricio en voces susurrantes que sólo lograban añadir más tensión. Las aguas resbalaban bajo la quilla de la barcaza, y todo el mundo podía escuchar unas extrañas voces procedentes de la niebla, voces que se confundían con gritos de auxilio, gritos que se mezclaban con muestras de dolor, dolor disfrazado de risas demoníacas. «¡Callad! ¡Os suplico que calléis!».

Los acantilados y las verdes colinas desaparecían de nuestra vista como un mosaico de postales, y la isla terminó engullida por la vorágine de aquel monstruo de los cielos, devorador de mundos. La luz del sol se extinguió, incapaz de seguir con su titánica labor. Finalmente, unos disparos se perdieron en el silencio procedentes de lo más profundo de la bruma.

Todo el mundo guardó silencio. Alternaban sus miradas entre la costa de su hogar abandonado y el nuevo destino que les aguardaba. Los sueños de mucha gente estaban a punto de empezar, aunque también las peores de nuestras pesadillas. No comprendíamos nuestro destino y tampoco albergábamos esperanzas de entenderlo algún día. Sólo sabíamos que habíamos escapado de una terrible maldición, aunque seguiríamos estando marcados para siempre.

Volví en sí después de quedarme mudo de asombro. Tuve la sensación de que había pasado mucho tiempo, como si hubiera estado dormido sin darme cuenta. Un sueño demasiado real. Entonces me percaté de que algo iba mal. Mi mano ya no sujetaba la de Eileen. ¿Dónde se había metido mi hermana? Busqué por la barcaza, en medio del gentío amontonado, mientras gritaba su nombre a los cuatro vientos. Removí sacos y sacos, miré bajo las tablas y entre las bestias. Pregunté a todo el mundo y todos negaban con la mirada gris. Había perdido también a mi hermana.

Y en medio del océano, arrastrada por las olas, flotaba indefensa aquella muñeca de trapo que tantas risas había arrancado a la pequeña Eileen, la misma muñeca que nunca abandonaría.

Recuerdos, mi particular maldición, mi castigo. Letanías que se pierden en la niebla y que ya no me permiten recordar cómo sonreía mi hermana. Un lazo que se ha roto. Un lazo que trato de recuperar, aunque tenga que vencer al olvido.



## PRIMERA PARTE

*«Pienso apesadumbrado en la vida que se fue».*  
Micheál Ó Gaoithin.



El alcohol espumoso bajaba por su garganta en un torrente de burbujas e impotencia. Gustavo no daba credibilidad al giro inesperado que había sufrido su vida, un giro tan acusado que mareaba. Jamás hubiera pensado que todo resultara tan frágil, y mucho menos por culpa de una mujer. Sí, sonaba al manido argumento de una película barata, lo que le hacía pensar que su vida estaba en liquidación por cierre. Tomaba su tercera cerveza apoyado en el respaldo de una silla, ignorando la voz chillona del asiático que esperaba, con paciencia marcial, la entrada de nuevos clientes. El camarero miraba la televisión con un desinterés bien entrenado a base de muchas horas de esclavitud. Sujetaba un cigarro entre los dedos, indiferente a las normativas municipales y al decoro que se le suponía a un buen anfitrión. Gustavo se preguntaba cada mañana si ese tipo tenía otra vida lejos del bar. Una mujer esperándole en Hong Kong, Shanghái, Pekín o de donde demonios fuera. ¿A qué se dedicaba cuando vivía en su país? ¿Sería un fanático de aquellos programas en los que los concursantes sufrían mil y una vejaciones por nada? ¿Sería un campesino de Báoding?

—Ponme la última —decían sus gestos. Aquellas cuatro palabras solían ser recurrentes antes de acostarse.

Años de dedicación absoluta en una relación que nació muerta. Sacrificios en balde que sólo dejaban un poso de amargura. Una lista interminable de llamadas perdidas en el móvil y la foto burlesca de enamorados era lo único que le quedaba. Lo podía ver en el

reflejo de su vaso. Incluso a pesar del tiempo transcurrido, aún se planteaba si había sido un sueño, una pesadilla o una broma filmada a través de cámara oculta. Lo que sí estaba claro era que no lograba levantar cabeza, y su vida se estaba yendo al garete. Pero tuvo que hacerlo.

«A quién coño le importa», se contestó en silencio mientras vaciaba de un solo trago la realidad que aún conservaba. El justo castigo de su garganta negándose a ingerir más alcohol se expresaba a través de indignas arcadas. Desvió la mirada a ambos lados, por si algún curioso se estuviera divirtiendo a su costa. No le apetecía verse rodeado por un enjambre de carcajadas. Pero a esas horas sólo descansaban almas torturadas como la suya. El purgatorio. Y eso le hacía pensar.

Desde que dio por zanjada su relación con Sonia sus visitas al bar se habían multiplicado por dos, por tres y por seis. Nadie le esperaba en casa, no soportaba el silencio de los platos sucios y padecía de cierta dificultad para conciliar el sueño. Más tópicos de película barata. Había probado con todo tipo de somníferos, algunos recomendados y casi todos sin el visto bueno de su médico de cabecera. Pero las noches se volvían demasiado largas, y no encontraba reposo. Lo llaman culpabilidad.

Ese tipo era el compañero perfecto. No hablaba si no se le preguntaba, se mostraba muy educado y siempre, siempre, sonreía. No como sus amigos, locos de atar que se limitaban a darle palmaditas en la espalda, le incitaban a olvidar sus penas con otras futuras penas o le soltaban consejos de pacotilla adornados con psicología barata.

Idiotas.

Gustavo no era un tipo demasiado sociable. En su carácter arisco, forjado bajo la etiqueta de académico, se ocultaba un personaje tímido y receloso del ser humano. Sus amistades se contaban con los dedos de la mano, y le sobraban cuatro. Conocidos y colegas

tenía muchos, pero los veía esporádicamente y por obligación. A decir verdad, no los necesitaba. Cuando podía evitaba sus encuentros, cambiando de acera incluso. Su confidente se asemejaba a una *tabula rasa* que le permitía expresarse hasta donde él quisiera, sin imposiciones, sin ataduras. Ese camarero era un buen tipo.

—Ponme una ronda más. Hoy no quiero dormir.

Penúltima copa de la noche y su rostro de profesor licenciado en Historia se había transformado en la de un despojo humano escudado tras importantes ojeras. Cada vez los bajos fondos estaban más cerca, y las malas compañías rodeaban su sillín. Tiburones de arrecife en busca de un buen bocado. Olían la sangre. Su sangre. Una noche, incluso, se le acercó una mujer con unos gustos dudosos a la hora de vestir que le sonreía con dientes amarillentos y aliento a alcohol. La misma marca que él bebía. Se preguntaba si quizás sus dientes terminarían como los de esa mujer, si su aliento sacudía el olfato de la misma forma. Pronto él también buscaría sexo a cambio de un par de billetes. Tenía que andar con cuidado si no quería terminar como ellos.

«Y qué más da», se decía cada vez más convencido. Un nuevo trago y, con el método de golpear la barra con la palma de la mano, exigía que no se detuviera la fiesta. Si seguía con su actitud, pronto alguien le pagaría con la misma moneda. Tópicos, tópicos y más tópicos.

Empezó a repasar lo que había dado de sí el martes. Siempre, después de la quinta copa, hacía lo mismo, y eso servía para deprimirse hasta llegar a la décima, momento en el cual terminaba tambaleándose hasta la cama tres calles más arriba. Sonaba el despertador a las siete de la mañana, normalmente un programa de radio de esos en los que todo el mundo parece estar de buen humor por encontrarse en un atasco. Se miraba en el espejo. Ojos cansados que escribían la tristeza en mayúsculas. Pelo a medio

caer, con llanuras estériles que amenazaban extender su plaga. Una barba de tres días color ceniza. Se lavaba la cara, una ducha de resurrección y un rápido desayuno que consistía en cereales y leche desnatada. Se dirigía a su primer trabajo en transporte público. Pluriempleado, por supuesto. El olor a humanidad le daba la bienvenida. Quince minutos de trayecto para saludar al portero de la garita con un «buenos días» que trataba de ser estrictamente cordial. Por las mañanas daba clases en la universidad, clases aburridas, sin demasiados alumnos, sin muchachas guapas de amplio escote dispuestas a todo por una buena nota. En el último año se habían apuntado a su asignatura siete alumnos, y el director le había advertido que si la tendencia seguía así no le garantizaba su continuidad. Por si fuera poco, le habían amenazado con quitarle la subvención del gobierno para trabajos de investigación debido a su escasa implicación laboral. Tampoco le importaría demasiado si no fuera por las deudas que tenía con el banco. Un piso comprado a medias con una mujer que ya no estaba.

Maravilloso.

Alternaba las clases con el cuidado de la biblioteca, en una política de recortes salariales no muy bien vista por los trabajadores pero que él aprobaba porque le ofrecía la oportunidad de mantenerse ocupado unas cuantas horas más. Se sentaba en la mesa de recepción y contemplaba la pantalla en blanco hasta que alguien le dirigía la palabra. Luego una comida sencilla en la cafetería de la universidad y, entonces, se dirigía al museo. De nuevo descendía las escaleras hacia el suburbano. Quince minutos más conviviendo con un amplio abanico de tufaradas. Una vez en el museo de la ciudad, se empleaba a fondo para guiar a decenas de turistas extranjeros, escuelas de secundaria y algún que otro despistado por las maravillas del pueblo íbero, los cátaros y los romanos. Siempre soltaba el mismo discurso ante la misma piedra, en una letanía memorizada palabra por palabra que le provocaba una

desazón enorme. Su mente divagaba por otros parajes mientras su lengua escupía el discurso aprendido. Odiaba las preguntas absurdas, los comentarios lamentables y las caras bovinas de los visitantes. Lo peor era que no lo podía disimular. Terminaba en el bar, ansioso por la décima copa.

El mismo ciclo, atrapado en un bucle del cual no estaba seguro de querer salir.

—¡Otra más! ¡Otra más, coño! —gritaba mientras se tambaleaba en el taburete.

Escuchaba su voz gangosa, sentía cómo el mundo daba vueltas a su alrededor y una calidez sudorosa le embriagaba la frente. El camarero no protestaba, sólo obedecía.

Necesitaba cambiar de aires, olvidar a Sonia, romper con sus amigos que poco o nada le aportaban. Quería reencontrarse consigo mismo, como cuando logró alcanzar sus sueños de académico contra viento y marea. Doce años con la misma mujer no debían convertirse en un lastre. Él era un hombre fuerte y cabal, una persona culta y con deseos de aprender más, un aventurero empedernido atado por cadenas que no merecía. Por primera vez en muchos años se había atrevido a romper con todo ello.

«Gilipolleces», pensó.

Se llevó la mano al bolsillo. Un paquete de tabaco a medio empezar le esperaba. Eso era algo curioso, pues Gustavo no fumaba y tampoco sabía cómo había llegado hasta allí. Sin embargo, una ansiedad creciente le subía por las venas. Necesitaba un cigarrillo que le calmara, o al menos eso le decía su voz interior. Optó por el método tradicional.

—¡Ponme otra copa de tu mierda para celebrarlo! ¡Esta noche voy a beberme todas tus botellas e invitaré a todo aquel que se una a la fiesta! ¡Qué coño! Invitaré hasta a los que decidan no hacerlo.

—Señor Gustavo, usted no tener dinero.

—Tienes razón, amigo —respondió resignado—. Como siempre. Tienes razón.

Observaba su rostro reflejado en el espejo, medio cubierto por un muro de botellas. Ron, *whisky*, vodka, orujo de hierbas... Cualquiera le podía valer, aunque sólo pensar que estaba cavando su propia tumba le entristecía todavía más. Pero no podía evitarlo, no dejaba de estar cada vez más convencido de que el resto de su vida se convertiría en una lenta y agónica pena.

Y antes que todo terminara como un drama, antes que el alcohol hiciera que se tambalara su virilidad, un mensaje llegó a su móvil, un mensaje llevado por el vuelo de la coincidencia, por aquellas casualidades que parecen más bien redes tejidas por una mente maquiavélica. Las palabras eran sencillas y concisas, libres de dudas y de segundas interpretaciones. Tuvo que leerlo tres veces para poder entenderlo, y en otras tantas pidió que se lo leyeran. Estaba completamente borracho, pero ya respondería mañana.

Cuando despertara, sin embargo, una dolorosa resaca le privaría de cualquier recuerdo. Una resaca y una mujer de aliento fétido y dientes amarillos. Seguro que la invitaría a un cigarrillo, si es que realmente fumaba.



## II

Una nueva jornada de trabajo en la que empezaba con dolor de cabeza. Se arrastraba por el pasillo de la universidad con poco disimulo, sujetando con dificultad una carpeta bastante voluminosa que contenía trabajos por corregir. Sus pies resbalaban por el suelo marmoleado del recinto, clara muestra de una dejadez en su ánimo bastante lamentable. El tiempo apremiaba y no quería encontrarse con la tesitura de dar explicaciones a nadie. Sin embargo, reconocía tener dificultad para concentrarse. Las horas se volvían largas, en ocasiones demasiado silenciosas, y el recuerdo de Sonia le acompañaba con crueldad. Su sombra era alargada, y sus recuerdos afilados.

Aquel día, en el que la primavera parecía empezar a dar señales de despertarse perezosa de su letargo, en el que las jóvenes se atrevían a insinuar sus encantos con fingido pudor y los muchachos disimulaban con poca convicción, Gustavo se mostraba gris. Su cabeza no tenía ánimo para fijarse en semejantes banalidades, perdido en laberínticos pensamientos que sólo enturbiaban sus ganas de seguir adelante. Por si fuera poco, había descuidado su imagen. Algunas voces murmuraban a sus espaldas. No es que Gustavo fuera un tipo elegante, moderno o con buen gusto por la ropa. Sonia siempre le recriminaba que vestía como un viejo, y que si no fuese por ella aparentaría diez años más. Su ausencia significaba precisamente eso.

No le importaba.

Se sentó en una de las últimas mesas. Ocupó todo el espacio posible para dejar patente que no le apetecía compañía. Tampoco la esperaba. Entre el resto de los profesores de la universidad existía cierta opinión compartida respecto a su antipatía y su hermetismo, más todavía por todo lo que estaba pasando últimamente. Se le consideraba como al leproso al que nadie debe acercarse. Con un bolígrafo rojo empezó a corregir los trabajos. El primer afortunado era el de un joven que parecía muy prometedor pero que, en ocasiones, soltaba errores garrafales que a Gustavo le sacaban de quicio. Eso denotaba falta de atención, o quizás desinterés. Negó con la cabeza, como si respondiera a un convencimiento en el que no cabía cuestión. Pasó al trabajo de una muchacha que solía ser muy aplicada, demasiado quizás. Gozaba de una capacidad nula para la síntesis, y aunque parecía muy precisa en los datos históricos y adecuada en sus interpretaciones, no conocía método para llegar al meollo de la cuestión. ¿Resultado? Un dossier con más paja que contenido.

Sus huesos crujieron al estirarse, empeñados en pasarle factura por estar tanto tiempo sentado. Su café se había quedado frío después de una hora larga centrándose, no sin esfuerzo, en el trabajo. Hoy había sido un buen día, teniendo en cuenta que últimamente no solía avanzar tanto.

El pitido de su móvil le despertó de su labor. Había recibido un mensaje del rector invitándole a presentarse lo antes posible en su despacho. Gustavo frunció el ceño: aquello no tenía buena pinta. Cuando el rector se comportaba de esa forma era porque algo iba mal. ¿La queja de un alumno? ¿Un temario inapropiado? ¿Más trabajo? Sólo le faltaba eso en su vida, una bronca del jefe. De un solo trago finiquitó el vaso de plástico, guardó los trabajos corregidos y por corregir, y se abrigó con su vieja chaqueta. En ese momento se percató de que varios alumnos que no conocía le miraban sin disimulo. Cuchicheaban entre ellos. Él saludó con la

cabeza muy educadamente, a lo que los jóvenes volvieron a sus asuntos. Mostrar interés resultaba ser el mejor repelente contra los mosquitos.

El rector de la universidad sumaba todas las cualidades clásicas de un triunfador. Vestía de forma impecable, lucía un bronceado espectacular, disfrutaba de un peinado sumamente engominado, y presumía de un caro reloj bañado en oro. Su despacho estaba adornado por infinidad de diplomas, algunos de ellos a golpe de talonario. Una fotografía con el ministro de Educación, otra con un famoso jugador de fútbol y una agenda cerrada presidían su mesa vacía. Viva imagen de lo que era la enseñanza en este país, el rector tenía poco de maestro. Parecía que le estaba esperando.

—Buenos días, señor Gustavo —saludó con sonrisa perlada—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias.

—Últimamente le veo un poco... no sé cómo decirlo. ¿Ausente?

—No estoy atravesando un buen momento, señor rector —respondió Gustavo con disgusto—. Le agradezco su preocupación.

—Si no nos cuidamos entre nosotros, ¿quién lo hará?

Aquel hombre parecía disfrutar con su ardid. Sus palabras iban acompañadas por un molesto juego de dedos que a Gustavo le ponían sumamente nervioso. ¿No sabía quedarse quieto?

—Tiene que entender, señor Gustavo, que debemos ser fuertes ante las dificultades del camino, levantarnos lo más pronto posible en cuanto nos caemos.

—Supongo que tiene razón.

—¿Supone? —Se acercó desde la silla.

—Quiero decir que tiene razón.

—Le voy a poner un ejemplo. Quizás le sorprenda, pero yo no he llegado hasta este despacho rindiéndome a las primeras de cambio

ni arrastrándome por la vida. He tropezado muchas veces, pero siempre he terminado por levantarme. Soy un luchador, y es por eso por lo que he llegado hasta aquí.

Quizás todo se reducía a una opinión poco objetiva de Gustavo, a una consecuencia inevitable de la resaca que golpeaba su cabeza, pero el hecho de que aquellas palabras cargadas de veneno estuvieran acompañadas por el brillante reflejo de su reloj, le sacaba de quicio. No se consideraba un hombre estúpido, y lo que ese tipo le estaba diciendo en su cara sólo se podía explicar de una forma.

—¿Por qué me ha llamado? —cortó al instante. El rector pareció molestarse por su interrupción, aunque pronto disimuló el enfado.

—Verá, han llegado hasta mi despacho varias quejas hacia usted y su comportamiento de los últimos meses. Profesores, alumnos e incluso gente del personal no académico aseguran que muestra una falta evidente de interés por sus obligaciones que traspasa la línea de lo aceptable.

—No sé qué decir. —Decía la verdad.

—No diga nada. Le he estado observando las últimas semanas y me desagrada reconocer que estas quejas no carecen de fundamento. He visto en usted desidia, pesadumbre, falta de compromiso con los valores que tratamos de inculcar entre nuestro alumnado, entre otros aspectos. —Gustavo guardaba silencio a la espera de nuevos capítulos. Viendo que no le respondía, el rector prosiguió con sus explicaciones—. Además, he recibido presiones de altas instancias para promocionar ciertos nombres de gente influyente con la intención de ocupar un cargo en la universidad.

—¿Así que es eso? —reaccionó finalmente—. Mi puesto de trabajo se tambalea porque alguien le ha ordenado que coloque a un amigo en mi despacho. ¿No es así?

El rector sopló como si estuviera preparándose, al igual que un toro bravo, para la última embestida. En su forma de mirar, era evidente que disfrutaba con la situación.

—Su trabajo no se tambalea, señor Gustavo. En realidad, ahora mismo usted no tiene ningún trabajo.

—¿Cómo dice?

—Deberá abandonar el despacho en un periodo de treinta días. Por lo que queda de curso académico no se preocupe. Un profesor suplente le sustituirá, así que agradecería que le facilitara el expediente y los trabajos de sus alumnos.

—Pero, no lo entiendo...

—Agradecemos su labor durante estos cinco años en la universidad. Con sus credenciales no dudo que encontrará un nuevo trabajo que le motive más.

Gustavo se quedó desarmado. Sus palabras quedaban rotas y asfixiadas, aún aturdido por el nuevo batacazo que recibía en su disparatada vida. Se levantó de la silla sin pedir permiso mientras apretaba los puños con fuerza. Sentía sus uñas clavarse en carne viva. No quería estar en ese despacho ni un segundo más. Cuando ya estaba cruzando el marco de la puerta, una voz vanagloriosa le soltó al oído el broche final.

—Señor Gustavo, por favor. —Parecía divertirse con la situación—. Hágase un favor a usted mismo. Tómese un tiempo para ordenar su vida, desconecte, viaje al extranjero, arréglese. Ya sabe, empiece de nuevo.

—Gracias —mintió sin pensar.

Salió a los jardines de la universidad. Varios profesores se cruzaron por su camino, pero ninguno de ellos le saludó. Gustavo estaba convencido de que lo sabían. Una rabia hervía en su interior. Se moría de ganas por volver al despacho del rector y obsesionarlo con un buen puñetazo. Seguro que se lo merecía, pero ¿a quién pretendía engañar? Él nunca había sido un hombre violento. Prefería tragarse las injusticias de su vida y capear el temporal. Aunque esta vez tenía la sensación de que el barco se estaba hundiendo.

Aquella mañana soleada le resultaba irónica. Observaba a la gente pasar a su lado, la mayoría jóvenes armados con mochilas, cascos de moto y carpetas. Muchos hablaban por teléfono, otros fumaban sentados en el césped. Olor a marihuana. Algunos saludaban la primavera abrazados en jóvenes amoríos. Una chica a la que no recordaba conocer le saludó con una sonrisa que sólo logró crisparle más los nervios. Pareció percibir su reacción y la joven adelantó el paso mirando, avergonzada, hacia otro lado. Eso hizo que se sintiera todavía un poco peor.

Entonces un mensaje en el móvil, uno más, le advirtió que había recibido un correo electrónico. Arqueó las cejas al leer el asunto del mensaje. Parecía ser el mismo que el del otro día, olvidado y sin abrir en su bandeja de entrada. Un correo electrónico procedente de alguien de Irlanda. Pero esa mañana no le apetecía saber nada más.